



EL LUGAR DE *BILDUNG* EN LA DINÁMICA ENTRE EL DESEO Y LA MIMESIS

THE PLACE OF *BILDUNG* IN THE DYNAMIC BETWEEN MIMESIS AND DESIRE

LILIA CRISTINA LUNA ORTIZ

85

Si se tiene la oportunidad de mirar desde la periferia de cualquier ciudad como en las que vivimos muchos alrededor del mundo, a través de las múltiples variantes que cada una pueda ofrecer: unas con un despliegue técnico moderado, pero presente; otras que parecen el ensueño de una película de ficción; también están las que hacen convivir lo más moderno con la nostalgia impoluta del pasado en sus edificios o parques, etc; todas ellas nos brindan la imagen del desarrollo de la cultura y sus frutos más tangibles en esos lugares llenos de lo que, para muchos, es la prueba de que hemos progresado con respecto a los primeros hombres que habitaron ese espacio en otro tiempo.

A la misma imagen cuando se le aprecia con más detenimiento, especialmente cuando no dirigimos la mirada a la parte más luminosa, nos da a alguno, otra impresión que contraviene la centellante vista del progreso en algo menos afirmativo, menos perfecto que la seguridad de que vamos avanzando. Pero, principalmente nos cuestiona ¿hacia dónde avanzamos, en caso de estar parados en un punto diferente?, ¿Qué alberga el anhelo de perfección y qué efectos se dan en la persecución de esa meta?

Freud en su obra *el malestar en la cultura*, ante una imagen similar ofrecida por la Viena de 1929, y después de enumerar las ventajas concretas que habían suscitado los avances tecnológicos de su época en la cotidianidad, afirmó lo siguiente:

No sólo parece un cuento de hadas; es directamente el cumplimiento de todos los deseos de los cuentos —no; de la mayoría de ellos— lo que el hombre ha conseguido mediante su ciencia y su técnica sobre esta tierra donde emergió al comienzo como un animal endeble y donde cada individuo de su especie tiene que ingresar de nuevo como un lactante desvalido («oh *inch of nature!*»). Todo este patrimonio puede reclamar él como adquisición cultural. En tiempos remotos se había formado una

representación ideal de omnipotencia y onnisapiencia que encarnó en sus dioses. Les atribuyó todo lo que parecía inasequible a sus deseos —o le era prohibido—. Es lícito decir, por eso, que tales dioses eran ideales de cultura. Ahora se ha acercado tanto al logro de ese ideal que casi ha devenido un dios él mismo.¹⁵⁶

Por lo tanto, cuando nos detenemos en nuestros días, a casi cien años de la publicación de *El malestar en la cultura*, frente a una cara aún más perfecta de la técnica y desarrollo del que a Freud le tocó presenciar, ¿podríamos afirmar que, si en 1929 estábamos cerca de ser Dios, ahora éste se pasea en las manos y conexiones neuronales de los expertos científicos, en los grandes genios de la época, en los edificios majestuosos o los medicamentos que combaten distintas enfermedades, etc.?

Bastaría elaborar una lista de cinco noticias internacionales en un día cualquiera para que dudemos del poder afirmativo y cuasi-perfecto que conlleva la promesa del progreso. Mirar desde la periferia de las ciudades o pueblos no nos exime de la lógica que entraña la modernidad. Aunque viene bien alejarse para poder distinguir la paradoja que nos ofrece la comodidad y ventajas de lo cotidiano, como también la cotidiana injusticia, desigualdad, la violencia, y otros tantos fenómenos de una densidad estremecedora.

La cita de Freud es una ventana hacia la problemática en la que se cifra la paradoja de ser los embriones de Dios o los organismos de autoaniquilación más sofisticada o artificiosa. Pensar esta cuestión desde una falsa dicotomía o una polaridad entre bondad y maldad no es nuestro interés. Sí, el camino que abre el análisis entre la facultad mimética llevada a cabo por Walter Benjamin y el deseo desde la teoría psicoanalítica de S. Freud.

Para efectos de explicitar el movimiento dinámico que percibimos entre estos dos elementos, empezaremos por lo que se entiende, a nuestros ojos, por el deseo desde el psicoanálisis freudiano. Una de las aportaciones nodales de la teoría freudiana fue fijar la mirada en la infancia como un momento en el que no se está en ausencia articulada de la psique, que posibilita especular y hacer trazos sobre el recorrido de la estructura y su despliegue posterior, no de forma causal, sino desde una idea del tiempo disonante frente a la linealidad o continuidad, donde el deseo es un elemento central para comprender el planteamiento.

Partiendo del estadio intrauterino o también llamado estado placentero, cada individuo al nacer, lo hace “en condiciones de lactante desvalido”;¹⁵⁷ es justo la ruptura que se propicia entre la fase en la que nos hallamos dentro del vientre materno y la salida de éste lo que provoca que la

¹⁵⁶ S. FREUD, ‘Malestar en la cultura’, *Obras completas*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1992, Vol. XXI, p. 90.

¹⁵⁷ *Ídem*.

condición de desvalimiento sea sustancial para entender lo que el deseo mueve en la estructura de la psique.

De manera que se asume que dentro del vientre hay una sensación de plenitud, en tanto es una especie de burbuja que nos ha guardado de las sensaciones de nuestro propio cuerpo con el exterior, así que cuando sucede el arrojamiento desde el organismo de la madre, la libre demanda de alimento, la sensación térmica —por mencionar algunas cosas—, son lo que nos enfrenta a la insatisfacción, ya que en el estado placentero lo anterior es satisfecho sin aparición de voluntad alguna; fisiológicamente en un embarazo sin inconvenientes, cualquier necesidad para la sobrevivencia y desarrollo está cubierta. El llanto de cualquier recién nacido es la expresión de la ruptura con ese estado ideal, lo que acontece de manera posterior a ello ha sido acotado bajo la impronta inicial de la incompletud.

Se presenta una dinámica por la demanda de satisfacción que, en casos óptimos, es cubierta, como con la alimentación y el abrigo, pero no se cesa de demandar; así a la necesidad de unas cosas le sobrevienen otras. Lo importante que reporta esta dinámica es que la satisfacción deja una huella que justo es lo que posibilita la demanda.

[...] El apremio de la vida lo asedia primero en la forma de las grandes necesidades corporales. [...] El niño hambriento llorará o pateará inerte. Pero la situación se mantendrá inmutable, pues la excitación que parte de la necesidad interna no corresponde a una fuerza que golpea de manera momentánea, sino a una que actúa continuamente. Sólo puede sobrevenir un cambio cuando, por algún camino (en el caso del niño, por el cuidado ajeno) se hace la experiencia de la vivencia de satisfacción que cancela el estímulo interno. Un componente esencial de esta vivencia es la aparición de una cierta percepción (la nutrición, en nuestro ejemplo) cuya imagen mnémica queda, de ahí en adelante, asociada a la huella que dejó en la memoria la excitación producida por la necesidad. La próxima vez que esta última sobrevenga, merced al enlace así establecido se suscitará una moción psíquica que querrá investir de nuevo la imagen mnémica de aquella percepción y producir otra vez la percepción misma, vale decir, en verdad, restablecer la situación de la satisfacción primera. Una moción de esta índole es lo que llamamos deseo; la reaparición de la percepción es el cumplimiento de deseo, y el camino más corto para este es el que lleva desde la excitación producida por la necesidad hasta la investidura plena de la percepción.¹⁵⁸

Lo que Freud llama percepción es diferente de un instinto, más bien refiere a la elucubración sobre las vivencias que se dan en el momento justo en que experimentamos algo, a lo que le prosigue la experiencia; ésta de alguna manera es ya una conjetura sobre situaciones concretas. Tampoco el

¹⁵⁸ S. FREUD, 'La interpretación de los sueños', *Obras completas*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1992, Vol. V, pp. 557-558.

deseo es un instinto, pues la elección de objeto siempre es problemática, es decir, que el movimiento que implica desear es algo de lo que se goza, por eso es que damos rodeos sobre el objeto de deseo, pues nos deleitamos en desear, de ahí que éste sea invariablemente insatisfecho.

Puntualizando: el deseo es habilitado por la marca que deja el nacimiento, somos sujetos deseantes apenas llegamos al mundo. El deseo no es sobre algo en especial, ni tiene un objeto específico, se mueve a través de lo que Freud denominó pulsión y somos atravesados por ella. La elección de objeto no es lo relevante, sino captar que su movimiento tiene origen justo en la necesidad de su cumplimiento. Éste trasciende al objeto, ya que en la consumación no se aniquila sólo cambia la dirección hacia otro objeto de deseo, debido a ello se elaboran los duelos, pero justamente ese trabajo hace posible el que se pueda tender un lazo hacia otro objeto.

88

Ahora bien, la mimesis tiene su lugar en el despliegue de la estructura de la psique justo en el punto de la percepción y la experiencia, es decir, en las huellas que deja el deseo. Afirmó Freud, “[...] Esta primera actividad psíquica apuntaba entonces a una identidad perceptiva, o sea, a repetir aquella percepción que está enlazada con la satisfacción de la necesidad”.¹⁵⁹

La mimesis se relaciona con lo más primitivo en el ser humano, dice Benjamin:

El don de ver semejanzas que nosotros todavía poseemos no es más que un débil rudimento de la obligación, que era poderosa en otros tiempos, de hacerse en efecto semejante y comportarse de modo semejante. Y la desaparecida facultad de ese concreto hacerse semejante alcanzaba más allá del pequeño mundo de percepción en que aún somos capaces de advertir semejanzas. Lo que hace milenios provocaba la situación de los astros en una vida humana, en el instante de su nacimiento, sucedía sin duda sobre la base de dicha semejanza.¹⁶⁰

El estatuto de capacidad rudimentaria al que refiere la mimesis también ha sido relacionado por distintas corrientes como: un estadio de falta de autoconocimiento, un momento alejado de la abstracción, y/o una imposibilidad de distinguir entre lo real y lo imaginario; como una disposición natural para imitar. También se le relaciona con los mitos, la magia y la astrología, en tanto manifestaciones de un tipo de consciencia primitiva. Para Benjamin justo se relaciona con las últimas dos acepciones mencionadas:

El don de ver semejanzas que nosotros todavía poseemos no es más que un débil rudimento de la obligación, que era poderosa en otros tiempos,

¹⁵⁹ *Ibíd.*, p.558.

¹⁶⁰ WALTER BENJAMIN, ‘Sobre la facultad mimética’, *Obras*, Abada Editores, Madrid, 2007, Libro II/vol.1, p. 213.

de hacerse en efecto semejante y comportarse de modo semejante. Y la desaparecida facultad de ese concreto hacerse semejante alcanzaba más allá del pequeño mundo de percepción en que aún somos capaces de advertir semejanzas. Lo que hace milenios provocaba la situación de los astros en una vida humana, en el instante de su nacimiento, sucedía sin duda sobre la base de dicha semejanza.¹⁶¹

La mimesis sobre lo sensible, o aquello de lo que se puede dar cuenta de manera visual, es parte del don al que refiere Benjamin; los rituales de los primeros hombres son ejemplo de cómo la imitación de los fenómenos estelares dio lugar a danzas o muchos otros actos ceremoniales que hablaban del modo de vida de los antiguos. Esta facultad originaba las semejanzas con el referente sensible, por lo tanto, el exterior era la imagen modélica sobre lo que se ejercía el don mimético.

Vemos en ello cómo debido a esta facultad el hombre se vincula con el exterior, por ejemplo, con la naturaleza. Podemos conferirle a este estado una maleabilidad que se advierte en la propia lógica de la imitación, es decir, el comportarnos en referencia a lo que nos excede. Esta capacidad también se puede relacionar con una especie de mecanismo de defensa, ya que lo externo se presenta amenazante y en esa medida propone una ley que parece internalizarse como una especie de camuflaje. Pero no solamente como autodefensa, sino como elaboración de los fenómenos percibidos, ya que cuando el hombre primitivo llevaba a cabo algún ritual en ella interpretaba-representaba su lectura particular de lo acontecido. Es decir, no era imitar lo exterior sólo para poder salvar el pellejo, sino que a partir del don mimético se daba una intercesión entre el mundo interno con el externo. Dicha mediación implicó una internalización sobre las leyes naturales, elaboradas sobre cómo se procede en el mundo.

Ahora bien, el don de las semejanzas no se agota en lo que se puede ver, su desenvolvimiento se ha continuado de manera no sensible; para Benjamin el lenguaje es el peldaño más alto producido por la facultad mimética. Más allá de la palabra hablada como podría ser una representación plasmada en una onomatopeya, en lo escrito también se halla la búsqueda de semejanza entre el significado de una palabra y la imagen a la que refiere, aunque no es tan sencillo ver cómo opera la imitación. “Pues es la semejanza no sensorial lo que viene a fundar las conexiones no sólo entre lo dicho y aquello que se ha escrito y lo que quería decirse, sino también entre lo escrito y lo que quería decirse, así como entre lo dicho y aquello que se ha escrito.”¹⁶²

¹⁶¹ WALTER BENJAMIN, ‘Sobre la facultad mimética’, *Obras*, Abada Editores, Madrid, 2007, Libro II/vol.1, p. 213.

¹⁶² *Ídem*.

En este juego de palabras se trasluce que hay algo no representable del todo, tanto en la escritura como en la palabra hablada al darse la dinámica entre imagen y semejanza, pues en el lenguaje como una concreción no se agota el sentido de lo dicho, de manera que lo que no se dice es parte del discurso también, la intención sobre lo que se dice, escribe o habla no queda del todo manifiesto en los discursos. Así que la mimesis en el discurso puede ir más allá de la intencionalidad con la que éste se enuncia y anuncia.

Por lo ya mencionado sobre el deseo y la facultad mimética podemos ir viendo el cruce que se da entre estos elementos, el cual comprendemos de la siguiente manera: la mimesis permite una especie de indiferenciación con el exterior, de forma análoga al estado intrauterino, por lo que en la capacidad o facultad de mimetizarse se halla la necesidad o búsqueda de estado de plenitud, con lo que ello implica y los matices que hemos expuesto, es decir, asumir una ley que garantice la sobrevivencia, evitar el dolor, pero no sólo eso, al operar imbricada por el espectro del deseo, lo hace a raíz de las improntas de éste en la elección de objeto. El recuerdo como lo que se preserva tras el camino de la pulsión que atraviesa al sujeto que vivencia y con ello adquiere experiencia.

90

Las semejanzas que se logran establecer son un acontecimiento que abastece a la experiencia, sin que por ello se encuentren presentes conscientemente. Es como que en una imagen quedara amarrada la semejanza a un momento. Por lo tanto, lo producido en la mimesis se guarda en la memoria, pero se encuentra en estado de latencia, o sea, como un suceso que puede ser evocado desde un tiempo posterior, como “un sentimiento inestable de una figura móvil”¹⁶³. Otorgándonos una plasticidad que evoca de alguna manera la experiencia, planteándonos una sincronía entre un pasado remoto y el presente.

Lo latente de la facultad mimética es lo que permite asociarla a la memoria, pues uno no tiene recuerdo de todo, siguiendo a Benjamin y Freud, parece que lo que nutre a la experiencia es aquello que logra fijarse, como dice Derrida, “en un sentimiento inestable”¹⁶⁴, que puede desatarse en cualquier momento. Esos sentimientos que propician la semejanza son los reservorios primitivos del miedo, el placer y el displacer.

La facultad mimética no se esfumó con el tiempo, como ya mencionamos, las referencias se dan también por el lenguaje. Además, también van unidas a la técnica, desde la más primitiva asociación de una imagen para emular o pretender propiciar un fenómeno, hasta los bastos ejemplos que nos da Freud en *El malestar en la cultura*, sin que esté hablando propiamente de la facultad mimética:

¹⁶³ J. DERRIDA, ‘Preámbulo’, *Mal de Archivo, una impresión freudiana*, Trotta, Madrid, 1997, p. 37.

¹⁶⁴ *Ibid.*, p. 37.

Con ayuda de todas sus herramientas, el hombre perfecciona sus órganos —los motrices así como los sensoriales— [...] Mediante la cámara fotográfica ha creado un instrumento que retiene las impresiones visuales fugitivas, lo mismo que el disco del gramófono le permite hacer con las impresiones auditivas, tan pasajeras como aquellas; en el fondo, ambos son materializaciones de la facultad de recordar, de su memoria, que le ha sido dada. Con ayuda del teléfono escucha desde distancias que aun los cuentos de hadas respetarían por inalcanzables; la escritura es originariamente el lenguaje del ausente, la vivienda un sustituto del seno materno, esa primera morada, siempre añorada probablemente, en la que uno estuvo seguro y se sentía tan bien.¹⁶⁵

La representación ideal de la omnipotencia y la omnisapiencia es lo que mueve estas prótesis técnicas que parece nos acercan a ese estado de plenitud añorado desde que se da la ruptura en el nacimiento. La mimesis se cruza con el deseo en una paradójica condición: sentirse incompleto y la necesidad de no estarlo. El delirio de consagrarnos omnipotentes para que nada nos falte.

91

Se sostiene en ese mismo texto¹⁶⁶ que lo que posibilita la convivencia y el despliegue de la cultura es poder limitar las satisfacciones, garantizar la justicia y que el derecho de todos que no deba ser quebrantado para favorecer a un individuo. De manera que hay que lograr un equilibrio entre esas demandas culturales y procurar la propia felicidad. Freud cuestiona si ello es posible.

La cultura es factible en tanto se logra desviar la pulsión hacia una meta inhibida, lo que se conoce como sublimar, es por eso que desde su surgimiento lleva una carga ambivalente, ya que implica la violencia sobre el propio deseo reprimiéndolo, pero también la limitación es causa de todos los contenidos culturales. Lo que podríamos relacionar con la tesis siete —*sobre las tesis de la historia*—, donde Benjamin apunta que “no hay un sólo documento de cultura que no lo sea a la vez de barbarie”.¹⁶⁷

La cultura dona vida y muerte, así como los hombres que la echan a andar, de ahí que Freud nos remita a Eros y Ananke como las fuerzas que la conforman. Él se pregunta quién puede prever el desenlace sobre la tensión entre esas dos fuerzas. Desde nuestra mirada, la batalla sigue hasta el día de hoy en puntos suspensivos, aunque sí podemos distinguir que la aniquilación suele ir por delante. Es quizá el síntoma que resplandece en los rascacielos,

¹⁶⁵ S. FREUD, ‘Malestar en la cultura’, *Obras completas*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1992, Vol. XXI, p. 89.

¹⁶⁶ S. FREUD, *Ob. Cit.*, pp. 55-60.

¹⁶⁷ REYES MATE, *Medianoche en la historia: comentarios a las tesis de Walter Benjamin sobre el concepto de historia*, Trotta, Madrid, 2006, p. 130.

la tecnología de punta y avances de toda índole, que no nos vienen nada mal, ni estamos contra ellos, lo problemático es que parece que sólo percibimos su lado más luminoso, ya que se da el soslayo acerca de que el progreso de la cultura parece violar las dos condiciones elementales de la inhibición: la justicia y la distinción del otro como semejante. Atribuir esto a una maldad *per se*, sería no atender a lo que la teoría psicoanalítica freudiana nos ha aportado: vivir en comunidad, generar una cultura supone ambivalencia que requiere de un sujeto que más allá de sentirse en falta, se reconozca como tal.

La dinámica de la que hemos hablado, justo parece cargarse sobre una experiencia de la vida que pretende la plenitud hasta sus últimas consecuencias, es decir, la omnipotencia que remite a una infancia encarnada en adultos, que ante la sensación desvalimiento, compulsivamente sólo buscan la satisfacción empujando los bienes culturales hacia una especie de paliativo que nos ayude a olvidar que estamos fuera del útero. De ahí que la mimesis hace su parte en cuanto a la transmisión del deseo hacia la aniquilación.

El hacerse cargo de la condición de sujetos deseantes es compleja, aunque apostamos por la educación no nos referimos a la cándida consideración de que a mayor educación menos barbarie; sí a renunciar a la idea de que somos deidades omnipotentes. Quien interpela a Freud en *El porvenir de una ilusión*¹⁶⁸ le dice que lo profundamente religioso es renunciar a la omnipotencia, a lo que éste responde que lo verdaderamente religioso está en renunciar a ella para atribuirle a algo externo. Si bien, ellos discutían sobre la idea de Dios, en nuestros tiempos éste no ha quedado fuera del discurso que no se enuncia, pero que está presente: hoy puede tener el rostro del dinero, la ciencia, o cualquier otro agente al que nos dirigimos para no asumir la falta.

Bildung es, a nuestros ojos, una consideración sobre la educación que resignificada desde Freud y Benjamin contempla la capacidad mimética, no sólo como problemática, sino como un punto de partida. En el sentido etimológico¹⁶⁹ en esta se acogen *Bild* y *Nachbild*, imagen y modelo, respectivamente, por lo que *Bildung* apunta a una imagen ideal, pero desde el reconocimiento de la incompletud y no de la adaptación y la sobrevivencia como meta única. Habría que plantear la necesidad de formarse no porque seamos vasijas a las que haya que llenar a tope, sino porque el nacimiento no sólo no nos hace poseedores de nada, como habría afirmado Hegel,¹⁷⁰ sino

¹⁶⁸ S. FREUD, "El porvenir de una Ilusión", Obras Completas, Vol. XXI, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1992, pp. 36-39.

¹⁶⁹ W.H. BRUFORD, *The German tradition of self-cultivation. "Bildung" From W. Humboldt to Thomas Mann*, Cambridge University Press, London, 2002, p.46.

¹⁷⁰ G.W.F. HEGEL, 'Prologo', *Fenomenología del Espíritu*, Fondo de Cultura Económica, México, 2004, p. 25.

que conlleva el deseo de poseer, de llenar la falta, es ahí desde donde obra Eros, sólo que por más que eroticemos nuestros huecos, estos no se satisfacen de manera absoluta.

Justo eso abre el paso entre *Bildung* y *Bildungen*, que podríamos menudamente traducir por formación y creación, ello supone tender un puente desde nuestra paradójica condición entre la herencia (mimesis como memoria latente de los reservorios del placer y displacer), que opera en nuestro propio deseo imbricado por el deseo del Otro —en tanto heredado—. Formarse y crear —sublimar—, se vuelve una necesidad para vivir en tanto seres sociales. Hay que asumir nuestro deseo, no como un acertijo resuelto, pues cabe mencionar que el anhelo de omnipotencia o deseo de integración, siempre está presente, es más coadyuva en la creación, en el desarrollo de la pulsión sobre el saber, pero no debería verse como una conquista, pues esa ilusión es la que opera en la creencia de que la educación como acopio temático es la solución a todos los problemas.

93

Desde la resignificación de *Bildung* no se apunta al progreso, más bien se sabe que es el porvenir lo que puede acontecer, en palabras derridianas, “no habría porvenir sin repetición”¹⁷¹ por eso es necesario que se deba elaborar y relaborar, porque heredamos los bienes culturales y también los trasmitimos, es por ello que la ilusión de la omnipotencia es bastante peligrosa, pues se aspira a la plenitud que choca con la huella imborrable del nacimiento.

Cuando en un principio nos cuestionamos si estamos parados en un punto diferente, si el progreso está en lo distinto que luce el paisaje con los años, podríamos responder que no vemos el tránsito del hombre como una ascensión, una superación; más bien, parece que nos seguimos enfrentando a los mismos escollos que otros hombres en otro tiempo, pero con situaciones diferentes. Hay cambios insoslayables, y éstos tienen un impacto en el tipo de subjetividades que alberga cada época. La idea ilustrada del progreso implica que una vez que se echa a andar la cultura y se le procura, esta crece exponencialmente, de manera que los hombres deberíamos ser en pleno 2017 el culmen de la humanidad. Pero los reservorios primitivos nos acompañan en este siglo también, la barbarie no es un suceso en extinción ni menos erradicado.

Que hoy contemos con un mundo de ensueño técnico no lo interpretamos como una señal de progreso en el sentido ilustrado de un mejor tipo de humanidad, no hay una garantía de armonía, de síntesis a partir los hallazgos, las investigaciones y los descubrimientos. Sin duda son importantes, nos dicen más sobre distintas cuestiones, pero saber más no

¹⁷¹ DERRIDA, Ob. Cit., p.88.

cancela el hecho de que la barbarie,¹⁷² la aniquilación (*Ananke*), no se vence o disminuye con más luz, con mayor razonamiento. Cuando la razón se reserva para instrumentar los artificios *ad hoc* en la búsqueda del estado placentero, en hallar exclusivamente la propia satisfacción, la posibilidad de la alteridad se cancela y el otro —semejante— es solamente un objeto entre los demás objetos.

Dar a luz a un humano lo coloca justo desde ese momento frente a las centellas omnubilantes del deseo y la transmisión de éste, fruto de un mundo que lo pondrá ante la valoración de la propia formación y búsqueda, o la adaptación a lo que ya es una ley de supervivencia. Su porvenir, su futuro se juega entre lo que pueda elaborar en la tensión dinámica de su deseo y la adaptación (mimesis). La apropiación o resignificación de la cultura y la resistencia o reproducción de la barbarie será su labor en cada momento de existencia. El porvenir implica repetición, por ello cada hombre al nacer no es más avanzado por abrir los ojos en el último minuto de lo que va del siglo, siempre se tendrá que elaborar el propio lugar en un mundo que ya parece estar acotado en todo sentido, siendo esa la fisura por la que cabe plantearse la educación, pero entendida como *Bildung*.

¹⁷² Entendemos por barbarie, siguiendo la lectura de la obra citada de W. Benjamin, el no reconocimiento de lo humano en el otro. El restar la condición de semejante al anteponer un tipo de subjetividad dominante.